

COMPROMISO CON LA VERDAD A PROPÓSITO DE LA *VERITATIS SPLENDOR*

ALEJANDRO LLANO

Urgidos por requerimientos contrapuestos, azacanados por mil tareas de las que desconocemos tanto el origen como la meta, desorientados por los procesos equívocos de una complejidad perversa, hemos venido a caer en la fatiga de una civilización crepuscular que hace buena la profecía profana de Max Weber. Con lucidez implacable, adivinaba el sociólogo alemán en las primeras décadas del siglo que nos encaminaríamos hacia una generalizada "pérdida de sentido", hacia una desencantada atmósfera cultural, habitada por un nuevo tipo de hombres que podrían ser caracterizados como "especialistas sin alma, vividores sin corazón". El entonces anunciado "politeísmo de los valores" no ha sobrevenido, ciertamente, por un exceso de proyectos, sino por un astillamiento interior, por una pérdida de sustancia vital, por la ausencia de un fundamento sólido que preste unidad a lo que –en la superficie– aparece como heterogéneo y disperso.

Morador consciente de ese claroscuro, ya apuntó Heidegger que "sólo un Dios podrá salvarnos". Pero su débil y ambigua sentencia –no exenta de ribetes turbios– surgía de un pensamiento postmetafísico que renunciaba de antemano a toda moral fundada en el ser del hombre y abierta a la iluminación de un Dios personal. De postración intelectual tan honda, que se agudiza y se prolonga hasta ahora mismo, sólo puede sacarnos –en verdad– la aceptación de una llamada que surge de una profundidad aún más radical. El abismo de la vaciedad clama por el abismo de la plenitud. Y conviene, ante todo, no confundir entre sí ambas honduras. Confusión en la que están incurriendo no pocos comentaristas cuando califican –otra vez– a Juan Pablo II de "pesimista", tras la reciente aparición de su nueva encíclica, significativamente titulada *Veritatis Splendor*.

No por prevista es menos dolorosa la acusación de oscurantismo que se lanza contra una propuesta penetrada de luminosidad. El reproche se vuelve, bien mirado, contra los que lo formulan, ya que manifiesta el perfil de su propio escepticismo, es decir, la extensión de todos aquellos valores en los que realmente *no* creen. Es un vasto territorio de la condición humana el que no se ve cuando el esplendor de las convicciones ciega ojos tan acostumbrados a la penumbra de las convenciones. Lo cual, en definitiva, habla en favor de la lucidez del diagnóstico y de la energía de la terapia que Juan Pablo II nos ofrece.

Veritatis Splendor es, desde luego, un texto intempestivo. Abre un panorama fascinante en una "era de expectativas limitadas", cuya crisis económica estructural constituye otro signo más de un cansancio antropológico. No se conforma con la resignación difundida y difusa, ni se pliega a los imperativos del discurso dominante. Acude a restañar heridas impudicamente abiertas. Se atreve a palpar el fondo metafísico de nuestras miserias éticas y no vacila en apuntar hacia el Dios verdadero como respuesta última a nuestras ya viejas perplejidades. El compromiso con la verdad es el único que no admite compromisos.

Ciertamente resulta hoy muy arriesgado apelar a una fundamentación ontológica y a una tradición religiosa para salir al paso de un relativismo moral que se está cobrando tantas víctimas. Porque habría que caer en la cuenta de que lo que el permisivismo permite es justamente el dominio de los fuertes sobre los débiles, de los ricos sobre los pobres, de los integrados sobre los marginales. Y ahí está, tal vez, el motivo inconfesado del escándalo –de la irritación– que Juan Pablo II provoca con tanta frecuencia entre los que se supone que deberían estar en la defensa de las "causas perdidas". Cuando el acomodo a las fuerzas en presencia ha acabado por anestesiar la capacidad de indignación moral, no es extraño que susciten recuerdos inoportunos esas valientes denuncias de guerras injustas, violación de derechos humanos, lacerantes desigualdades económicas, desprecios de la dignidad inherente a toda persona, a cualquier persona. ¿Qué personalidad mundial, si no es Juan Pablo II, se compadece activamente de los miserables de países que nunca comparecen en el manipulado escenario internacional?

Lo que la *Veritatis Splendor* nos viene ahora a decir es que tal coraje moral sólo puede mantenerse desde una renovada comprensión de la verdad del hombre. Sin el campo de juego que abre la búsqueda de la

verdad, la libertad humana se ve ahogada por el sofocante encapsulamiento afectivo del subjetivismo o por la violencia que se desprende de todo pragmatismo totalizante. Violencia la ha habido siempre, se dirá. Si se quiere llamar "violencia" al uso de la fuerza, vale. Pero –como demostró Hannah Arendt– sólo el olvido de que la contemplación de la verdad es la más alta actividad humana ha dado origen a ese avasallamiento sistemático e implacable que revelan las manifestaciones actuales de genuina violencia. No sería ocioso preguntarse, aquí y ahora, cuáles son las condiciones culturales que posibilitan el terrorismo.

Quizá, después de todo, no sea extemporáneo hablar de estos días de algo tan intelectualmente sospechoso como la "ley natural", con el tufo de escolasticismo que parece arrastrar Porque, al fin y al cabo, no es otro el origen doctrinal del concepto moderno de derechos humanos, cuya radicación en las elucubraciones de la Escuela de Salamanca han puesto de relieve especialistas tan rigurosos como Skinner, Tuck o Villey. Ya Tocqueville advertía que el fundamento de la sociedad democrática estriba en el estado moral e intelectual de un pueblo. Por su parte, Juan Pablo II denuncia limpiamente los riesgos pre-totalitarios del individualismo posesivo, que amenaza hoy la libertad real de los ciudadanos en las sociedades satisfechas.

Más difícil, sin duda, es el intento de conciliar –como hace la *Veritatis Splendor*– esta afirmación de una fundamentación racional de la ética con la apelación a la verdad revelada como última instancia moral. La dificultad en cuestión es propiamente teológica y remite nada menos que al problema de las relaciones entre el orden natural y el sobrenatural. Como profesor de filosofía y cristiano de a pie no me considero en posesión de una competencia teológica que –según lamenta la propia encíclica– no siempre demuestran algunos eclesiásticos cultivadores de la ciencia moral. Lo que me consta es que las reiteradas afirmaciones de Juan Pablo II acerca de Cristo en la Cruz como clave de la historia humana no manifiestan desprecio por otras tradiciones seculares o religiosas. Todo lo contrario. La fe cristiana no es excluyente, sino inclusiva. Desde la Cruz, Jesucristo abraza a todos los hombres y mujeres: avalora sus esfuerzos por lograr más luz y recapitula dinámicamente sus hallazgos y creaciones. Ayuda decisivamente a que la persona humana entienda y acepte el misterio de su propio ser, en el que –como

dijo el Concilio Vaticano II— conviven una vocación sublime y una profunda miseria.

¿Es esto pesimismo? Por supuesto, no es el leve y superficial optimismo de ese subproducto, tan al uso, que Spaemann llama "nihilismo banal". El "nihilismo heroico" de Nietzsche denunció trágicamente que el immoralismo era la consecuencia inevitable de la "anarquía de los átomos" de una concepción del mundo en la que la verdad era ya moneda gastada por el uso, inservible como valor de cambio. ¿Cabe todavía desandar el camino de la desmoralización y esperar que asome por el horizonte el esplendor de la verdad? Juan Pablo II tiene, nos guste o no, una respuesta para tal interrogante.

Alejandro Llano
Rector de la Universidad de Navarra
31080 Pamplona España



**SIMPOSIO SOBRE LA CONDICION FEMENINA
DESDE LA PERSPECTIVA CRISTIANA**

**LA MUJER EN LA
EDAD MEDIA**



UNIVERSIDAD DE NAVARRA
26 DE MARZO DE 1993

